

DOÑA MENCIA Y SU ARMADA DE MUJERES

Por JOSEFINA CRUZ

Nuestros escritores, me refiero a novelistas y poetas, han demostrado poco interés por indagar nuestro remoto pasado, y en el Río de la Plata no hay ninguna novela histórica digna de mención que evoque aquellos tiempos heroicos de la Conquista.

La expedición Sanabria, mejor dicho Doña Mencía de Calderón, y su armada de mujeres, presentan todas las características de una novela y, confieso, que no bien me enteré de este extraordinario suceso, por archivos y bibliotecas, me puse a seguir el rastro de esta singular armada.

El Río de la Plata durante muchos años marchó a la zaga de las demás conquistas del Nuevo Mundo. Por ello, acertadamente, RAÚL A. MOLINA la compara con la *Cenicienta*, del cuento de Perrault.

Como bien se sabe, las gentes del primer Adelantado, don Pedro de Mendoza, remontaron los ríos y se asentaron a la vera del río Paraguay, donde fundaron la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción. Por más de veinte años este fué el único baluarte que poseyeron los castellanos. El apartamiento en que vivían, la lucha por subsistir, la concupiscencia y la política, formaron ese extraño *Paraíso de Mahoma* del cual tenemos sobradas referencias.

Al arribo del segundo Adelantado, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, no mejoró la situación creada; antes bien, su incomprensión del medio, los cambios que quiso implantar, su desprecio por los indios y mestizos, ahondaron el clima de anarquía existente en la Asunción y motivaron la asonada que lo derrocó del gobierno. Los Oficiales reales lo tomaron preso y fué enviado a España para dar cuenta de su Gobierno en el Río de la Plata.

Esta Provincia del Río de la Plata, con sus mil disturbios y sinsabores, preocupaba al Supremo Consejo de las Indias; fué enton-

ces, mientras don Alvar sufría el juicio entablado ante la Corte, cuando el caballero extremeño Juan de Sanabria solicitó para sí el título y merced de Adelantado del Río de la Plata.

Acordada su solicitud se concertaron los términos de su Capitulación. Una de las cláusulas importantes era aquella que le ordenaba "... y también llevaréis con Vos a cincuenta mujores: casadas y doncellas, para poblar".

Doña Mencía de Calderón, esposa del Adelantado, decidió acompañarle en su expedición. Otras damas y doncellas se sumaron a su entusiasmo. Puede decirse que toda Extremadura se sintió convulsionada por el pregón de don Juan, y gentes de Medellín, Cáceres, Trujillo, Badajoz, Magacela y otros pueblos se pusieron en su seguimiento.

En Sevilla comenzaron los aprestos. La salud del Adelantado Sanabria sufrió entonces un serio quebranto y, antes de realizar su sueño, fué presa de la muerte.

Doña Mencía, entonces, decidió continuar la empresa comenzada por su esposo y solicitó para su hijo Diego, mozo que apenas contaba veinte años, el título de Adelantado que le fuera concedido por *dos vidas*, a don Juan.

Surgieron muchos inconvenientes. El retraso en zarpar tenía muy preocupado al Supremo Consejo de las Indias, pues una flota portuguesa, al mando de Alfonso de Souza, había zarpado rumbo al Río de la Plata. Parecía evidente que llevaba intento de posesionarse de esas tierras.

Doña Mencía decidió entonces salir antes que el joven Adelantado, su hijo, y en tres bajeles embarcó con su hija, las damas y doncellas.

Su travesía fué muy azarosa. Bastará decir que tardó ocho meses en arribar a las costas del Nuevo Mundo. La borrasca separó a sus barcos; fueron asaltados por piratas, la escasez de alimentos y de agua dulce hizo estragos entre el pasaje. Parecía perdida toda esperanza cuando llegaron a divisar la isla de Santa Catalina.

Recalaron en ese puerto. Las naves estaban inservibles y con sus despojos y los elementos que hallaron en tierra se pusieron a construir un bergantín. Más de un año hubieron de permanecer en la costa. Fueron asediados por los feroces *tupis*, tribus antropófagas y muy belicosas. No pudiendo, finalmente, sostenerse, aceptaron la ayuda de los portugueses, que las transportaron a la Capitanía de San Vicente.

Mientras tanto, el Adelantado Diego de Sanabria, que zarpó poco después que su madre, fué arrastrado por el viento a la isla de la Margarita, frente a la costa de Venezuela. De ahí hizo llegar

al Consejo de Indias sus noticias, pidiendo ser socorrido con nuevos bajeles para trasladarse al Río de la Plata.

El Supremo Consejo de Indias, que no tenía noticias de doña Mencía, decidió negar a Sanabria cuanto pedía y le anunció la caducidad de sus títulos y mercedes. Meses después, éste se dirigía al Perú y allí fué muerto por los indios, cuando intentaba dirigirse por tierra a la Asunción.

Doña Mencía y su gente, confinados por los portugueses, permanecieron en la Capitanía de San Vicente más de un año. Al fin llegó un emisario del Rey de Portugal con el permiso de tránsito. Fué entonces cuando los expedicionarios se enteraron de los tristes sucesos acaecidos al Adelantado, de la caducidad de sus títulos y del nombramiento de Gobernador del Río de la Plata otorgado a Domingo Martínez de Irala.

Duro fué el golpe para doña Mencía. Todo lo había perdido. Mas su temple no desmayó. Sin esperanzas de reunirse con el hijo, y no pudiendo permanecer en la costa, donde le quedaba su grupo de mujeres, decidió atravesar la selva para alcanzar su destino: la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción.

Esas mujeres, niños y hombres recorrieron, a pie, el enorme territorio que se extiende desde la costa atlántica hasta la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción. Por sus vericuetos y desvíos, caminaron unos 400 kilómetros por tierra desconocida.

Quien conozca la selva de Guayrá, lo que hoy llamamos *selva de Misiones* y de *Matto Grosso*, quedará pasmado de asombro y admiración ante estas heroicas gentes, que no se arredraron ante los incontables peligros y padecimientos de cada jornada, ni tuvieron temor de enfrentarse con los salvajes tupíes.

Desde tiempo inmemorial, indios guaraníes vivían por esta región del Guayrá. Cuenta la tradición indígena que las primeras tribus arribaron del lejano Norte, de la tierra que los españoles apodaron La Florida, al otro lado del mar antillano. Tupí y Guaraní, según la leyenda india, eran inseparables hermanos que conducían a los suyos. Vivieron largos años en perfecta armonía, mas un día sus mujeres riñeron por la posesión de un papagayo parlanchín de vivísimos colores.

La disputa adquirió caracteres violentos y los hermanos se vieron envueltos en la riña de sus mujeres. La enemistad dividió a los guaraníes y los hermanos decidieron separarse. Tupí y los suyos permanecerían en la costa, mientras que Guaraní se internaría en el monte. El antagonismo y odio entre tupíes y guaraníes creció con el tiempo, y en vierto modo fué providencial para los expe-

dicionarios, que hallaron en las tribus guaraníicas sus mejores aliados y juntos lucharon contra los salvajes tupíes.

Estos tupíes se aliarían años después con los *bandeirantes* portugueses y asolarían las misiones jesuíticas, aniquilando numerosos pueblos.

Esta región del Guayrá era entonces el centro del imperio guaraní. En sus correrías por la selva, los indios mantenían abiertos dos estrechos caminos, llamados *picadas*. Una de estas picadas se tendía desde la costa al salto del Iguazú; la otra cruzaba la sierra de Ybytyrembetá en dirección al salto de Guayrá. Estos dos saltos o cataratas son portentosos y todo el mundo ha oído hablar de ellos. Las primeras noticias del salto del Iguazú llegaron al mundo civilizado por los *Comentarios de ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA*. La expedición de doña Mencía tomó el otro camino y se encontró con el estupendo salto del Guayrá; de ahí cruzaron al Paraná y prosiguieron viaje rumbo a la Asunción.

Cuenta la leyenda que el Santo Apóstol Tomás llegó, mucho antes que los Conquistadores, a estas tierras y abrió para ellos el camino de la selva. Lo cierto es que, cuando llegaron los Conquistadores, los indios les hablaron de *Pai Sumé*, y sus señas coincidían con las del Santo Apóstol. Otra versión sobre estas *picadas*, abiertas en medio de la feraz vegetación que todo lo devora, es que los indios, antes de emprender sus caminatas, se untaban los pies con unas semillas oleaginosas, que a medida que se internaban por el bosque iban dejando en el suelo, y estas semillas crecían y se propagaban en forma sorprendente. Las *picadas* eran objeto del cuidado de las tribus guayreñas, pues eran vías de comunicación entre sus gentes.

Los caciques de estas tribus, enterados por los carios de la presencia de los blancos, nuevos pobladores de la Asunción, y del respeto que éstos inspiraban con sus armas de fuego, caballos y perros, habían ido a rendir vasallaje al Teniente Gobernador Irala y, al mismo tiempo, a pedirle ayuda para defenderse de las incursiones de los tupíes. Éstos, protegidos y azuzados por los portugueses, se volvían cada día más audaces y belicosos.

Irala prometió ayuda a los Caciques y esta circunstancia favoreció el paso de doña Mencía y los suyos, pues pese al fiero aspecto de los indios que encontraron en esos cinco meses a través de la selva, no tuvieron que hacer frente a sus ataques, antes bien, los guayreños les ofrecieron alimentos y un descanso al borde del río Huybay, y les ayudaron a construir un refugio de madera, que los castellanos apodaron el *Asiento de la Iglesia*.

Mas si estos indios eran mansos, ¡qué incontables peligros y penurias tuvieron que sufrir esas mujeres y niños por la selva virgen! Las fieras, las alimañas, las picaduras de insectos, el clima, serpientes y boas monstruosas; jaguares, cerdos salvajes, hormigas... oyeron entonces hablar de las *tambochas*, esas hormigas rubias, carniceras, que encorvan el cuerpo para clavar sus mandíbulas en la carne de sus víctimas y que sólo sueltan su presa cuando la han desgarrado. Estas hormigas forman compacta columna y el día menos pensado echan a andar. Hoy, como entonces, son el terror de los animales y las poblaciones. En *Misiones* las llaman la *Corrección*, y no sé de adónde les viene este nombre. Si el ejército de *tambochas* se dirige hacia las casas, el único medio de subsistir es dejarlas pasar y huir de ellas. Animal o persona que cae en su camino es devorado por estas hormigas carniceras, que en millones lo atacan. Las primeras entorpecen los movimientos de la víctima con el penetrante ácido fórmico y ardiente picor; las demás se encargan de dejarlo en los huesos.

Estando yo en *Misiones*, en el puerto Eldorado, en el alto Paraná, a pocos kilómetros apareció la *Corrección*; durante tres días las gentes abandonaron sus casas. De lejos contemplé el paso de esos misteriosos ejércitos. Lo único bueno de la *Corrección* es que limpian los ranchos de vinchucas, arañas y toda suerte de insectos. Nada detiene a esas hormigas que cavan túneles bajo los ríos, son el terror de las fieras y alimañas, sorprendidos en sus cubiles. Y en la misma forma como aparecen las *tambochas*, desaparecen en la selva.

Largo, muy largo sería hablar sobre la fauna y flora misionera. Esta selva jugosa, siempre verde, tiene una belleza inigualable. Flores y frutos de colores vivísimos sorprenden al viajero, pero ¡cuánto veneno oculto encierran esas plantas! No cabe duda que el Apóstol Tomás protegió a doña Mencía en su marcha. A los cinco meses, su armada arribó a la Asunción. Puede suponerse el asombro de los castellanos, que nada sabían de ellas, y también de las indias...

En total habían empleado cinco años para llegar a su destino. Cinco años desde el día que partieron de Sevilla.

Es interesante hacer notar el linaje de estas damas. En su mayoría pertenecían a nobles familias extremeñas y de ellas nos hablan las Crónicas trujillanas del siglo XVI, manuscritos recogidos y comentados por D. Miguel Muñoz de San Pedro.

La pequeña Isabel de Contreras, de unos ocho o diez años de edad, embarcó con sus padres en esta expedición de doña Mencía. Esta niña casará más tarde, y ya en el Paraguay con D. Juan de

Garay, el fundador de nuestras ciudades de Santa Fe y Buenos Aires.

Las dos hijas de doña Mencía: María y la pequeña Mencía también casaron y dieron a esta ilustre dama numerosos nietos; entre ellos Hernando de Trejo y Sanabria, que nació en la costa, probablemente en Mbiazá. Este niño, "nacido en la tierra", llegará a ser obispo de Tucumán, y a él se debe la primera Universidad argentina, nuestra Universidad de Córdoba. Otro nieto preclaro de doña Mencía fué Hernandarias, el centauro de la pampa, el brazo secular de la Justicia, el fundador de las Misiones que evangelizaron al indio y, como bien dijera D. Raúl Molina, el "último y tal vez más grande conquistador del Río de la Plata".